

## Presentación

El título de una de las obras del Nobel de Literatura guatemalteco Miguel Ángel Asturias “Hombres de maíz” (*Gente de maíz*), plantea las profundas conexiones del alimento con la existencia, la economía y la cultura. El título de Asturias, que tiene su origen en la mitología maya, alude al vínculo originario entre el ser humano y un producto que viene a ser mucho más que elemento central de su dieta. La cultura maya, todo lo que hoy llamamos Mesoamérica, era *una cultura del maíz*, en el mismo sentido en que la andina sería una *cultura de la papa*; la china, una *cultura del arroz*; la europea, *una cultura del trigo*; la de Oceanía, una *cultura del coco*. Dieta, mitología, festividades, economía, poesía... todo gira en torno a ese elemento fundante de la comunidad.

Dos de las corrientes intelectuales más importantes del siglo XX, el marxismo y el psicoanálisis, tienen vínculos fundamentales con este tema: la economía, motor de la historia, encuentra

en la actividad productiva su tarea fundamental; pero la vida de esa comunidad social encuentra su rasgo específicamente humano, en la capacidad de simbolizar. En el pensamiento freudiano, el seno materno (vínculo fundamental entre la alimentación, el amor y la sexualidad), muestra la centralidad de este tema. Ninguna ruptura con los inicios del siglo XXI, en donde los desórdenes de la alimentación (anorexia y obesidad para citar solamente dos puntos polares), se convierten en uno de los problemas más importantes de la salud pública en el momento actual.

Al entrar a un supermercado actual, en cualquier país de nuestro continente, encontramos maíz enlatado proveniente de China, pescado congelado proveniente de Viet-Nam, variedades de té provenientes de la India, vinos de Sudáfrica, pastas de Italia, aceite de oliva de España, etc. Productos exóticos como el cous-cous árabe, frutas como el kiwi, bebidas como el agua

carbonatada de Suiza, variedades de café gourmet de Brasil y otros; todo ello muestra la estrecha relación de la alimentación con el comercio, la industrialización, las modas alimenticias, la mercadotecnia... y también con la inducción de necesidades artificiales y la imposición de modas consumistas.

Ya los vínculos históricos dan muestra de esta relación polémica y ambigua: serán las conquistas coloniales de los siglos XVI en adelante las que llevarán la papa andina y el cacao mexicano a Europa. Algunos de estos alimentos, productos de lujo en Europa, dejarán una huella de dolor en nuestro continente. El azúcar y el cacao tienen una historia llena de amargura tanto en el Caribe de Latinoamérica como en la costa occidental del África. La alimentación tiene una geografía propia, marcada por los horrores y las contradicciones de los intereses económicos. A ello se deben títulos polémicos como “*Azúcar amargo*” o la “*Historia negra del*

*cacao*” y otros, denunciados no solo por pensadores socialistas de la primera mitad del siglo XX e intelectuales del Tercer Mundo durante su segunda mitad, sino por autores clásicos europeos ya mucho antes. Baste recordar una página clásica del *Cándido* de Voltaire (“*El negro de Surinam*”):

“Se acercaban al pueblo cuando encontraron a un negro tirado en el suelo y que no tenía más que la mitad de sus ropas, unos calzoncillos de lienzo azul. Al pobre hombre le faltaba la pierna izquierda y la mano derecha. “Por Dios -le dice Cándido en holandés- qué haces allí tirado en esa terrible situación en la que te veo? Espero a mi amo el señor Vanderdendur, el famoso negociante, respondió el negro. Es el señor Vanderdendur, pregunta Cándido, el que te ha tratado así? Sí señor, dijo el negro, es la costumbre. Todo lo que recibimos para vestirnos son un par de calzoncillos de lienzo que recibimos dos veces por año. Cuando trabajamos en el ingenio, si una piedra del molino nos atrapa un dedo, nos cortan la mano. Cuando alguno quiere escapar, le cortan la pierna. Yo me he visto

en ambos casos. Es a este precio que ustedes comen el azúcar en Europa.” (Voltaire, *Cándido* cap. XIX).

Las conexiones de este tema tanto con la tradición bíblica como con la teología y la liturgia son múltiples y ricas. La dominante de la nutrición es uno de los ejes fundamentales de las grandes constelaciones simbólicas de la Biblia, desde los relatos cosmogónicos del Génesis hasta las utopías de bienestar del Apocalipsis. Los elementos naturales que forman parte de la dieta humana (pan y vino), gozan de una dimensión de sacramentalidad. El salmista declaraba: “Bendice alma mía al Señor: ¡Señor, Dios mío, qué grande eres!... Desde tu morada riegas las montañas, con tu acción fecundas la tierra. Haces que brote la hierba para el ganado y que crezcan las plantas que siembran las personas. Así produces el pan de la tierra, el vino que alegra a las personas, el aceite que hace brillar su rostro y el alimento que les da las fuerzas” Sal 104:13-15. Y san Pablo dirá “Por lo que a mí toca, recibí del Señor la

tradición que les he transmitido, a saber, que Jesús, el Señor, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo entregado por ustedes, hagan esto en memoria mía”. Igualmente, después de cenar, tomó el cáliz y dijo: “Este cáliz es la nueva alianza sellada con mi sangre, cuantas veces beban de él, háganlo en memoria mía” (1 Cor 11:23-26).

Dejando el análisis socio-económico de este tema para otros espacios, nos ha parecido valioso dedicar un número de nuestra revista a la consideración de la dimensión simbólica (religiosa y cultural) de este importante tema. Invitamos a nuestros lectores y lectoras a disfrutar del número.

*José E. Ramírez K.*  
Director VyP